

LA DISCONTINUIDAD CULTURAL ESPAÑOLA EN LA EDAD MODERNA

■ Tres lecciones de Vicente Lloréns

Analizar la discontinuidad cultural española desde la Edad Media hasta la postguerra ha sido el propósito del curso que el ex-catedrático de la Universidad de Princeton y ensayista Vicente Lloréns impartió del 8 al 17 de mayo en la Fundación Juan March. A lo largo de tres lecciones, el profesor Lloréns trató los siguientes temas: «La huella de los Indices inquisitoriales (siglos XVI-XVIII)», «La España ilustrada y la reacción fernandina (siglo XIX)» y «Consecuencias de una guerra civil (siglo XX)».

Ofrecemos seguidamente un resumen de las tres lecciones del profesor Lloréns.

La discontinuidad cultural española de la Edad Moderna tuvo en la Edad Media un precedente de capital importancia, aunque de naturaleza diversa. La ocupación árabe de casi toda la península durante los trescientos años que siguieron a la invasión del 711, vino, entre otras cosas, a romper la continuidad del legado clásico de la Antigüedad, apartando a los reinos españoles de la cultura europea. La ruptura, en el siglo VIII, con la Hispania visigótica y con la tradición latina se produjo cabalmente al empezar en Europa la edad benedictina y poco antes de iniciarse el renacimiento carolingio.

Mientras existe una clara continuidad cultural en los países del mundo cristiano occidental, no la hay en España: los monasterios de Asturias vivieron separados largo tiempo del resto de la cristiandad hasta que empezaron a afluir hacia el norte los mozárabes a fines del siglo IX. Los mozárabes fueron los civilizadores del reino asturiano-leonés y los únicos cultivadores, con raras excepcio-



VICENTE LLORENS nació en Valencia en 1906. Catedrático jubilado de la Universidad de Princeton, es autor de diversos estudios sobre literatura hispánica publicados en destacadas revistas literarias y de una *Antología de la literatura dominicana*. Entre sus contribuciones más importantes a la bibliografía sociológico-literaria figuran *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra. 1823-1834* (2.ª edición, 1968); *Literatura, historia y política* (1967); *Antología de José María Blanco White* (1971), y *Aspectos sociales de la literatura española* (1974).

nes como la del Beato de Liébana, de las letras latinas en España durante los siglos VIII y IX. Una excepción importante a este aislamiento la representan los monasterios catalanes que vivieron en estrecho contacto con el resto de Europa.

LA HUELLA INQUISITORIAL

Desde siempre, en la Antigüedad, en la Edad Media, en la Moderna, en nuestro tiempo, todo poder dogmático y excluyente, ya civil, ya ecle-

siástico, trató de imponer su autoridad reprimiendo cualquier manifestación divergente u hostil a los principios que le servían de fundamento. En España, la Inquisición, establecida en 1478 y abolida definitivamente en 1835 (aunque ya lo había sido antes, en 1813), duró tres siglos y medio, aproximadamente el tiempo transcurrido entre la muerte de Jorge Manrique y la de Larra.

En los Indices inquisitoriales figuran los principales escritores heterodoxos españoles del siglo XVI: Juan de Valdés, Miguel Servet, Francisco Enzinas...; casi todas sus obras se publicaron en países extranjeros y fueron desconocidas en España tanto en su tiempo como en épocas posteriores. Su aparición, a mediados del siglo XIX, fue ya demasiado tardía para determinar ninguna renovación espiritual de cierto alcance.

A fines del siglo XVI desapareció en España el estudio del árabe, justamente cuando empezó a desarrollarse en Francia, Holanda y otros países europeos. Así, en el país europeo que más largo y estrecho contacto tuvo con el mundo islámico, donde hubo más traducciones e imitaciones de obras árabes en la Edad Media, donde más profunda huella dejó su civilización, los estudios árabes modernos han sido los más tardíos. Con respecto a los hebraicos, si bien conocieron un período de esplendor en la primera mitad del siglo XVI con la *Biblia Políglota* de Alcalá, en 1572 serán procesados por el Santo Oficio cuatro de los mejores hebraístas que había en España: Fray Luis de León, Gaspar de Carvajal, Martínez Cantalapiedra y Alonso Gudiel. Se produce la casi paralización de los estudios hebraicos en España, para no reanudarse hasta fines del siglo XVIII, en el reinado de Carlos III.

El triste sino del helenismo español fue también haber nacido casi al mismo tiempo que el Santo Oficio de la Inquisición. Desde el primer momento, los estudios griegos, forzosamente unidos a la crítica textual del Nuevo Testamento, despertaron recelos. Sólo en la segunda mitad del siglo XVIII, con Juan de Iriarte, volverán a tener importancia en España; pero la discontinuidad producida dice ya por sí sola que la filosofía y la cien-

cia, inseparables de dichos estudios, no pudieron ser cultivadas como en el resto de Europa.

Con las obras literarias o poéticas hubo una mayor flexibilidad en la aplicación de las reglas inquisitoriales: no fue sólo la tolerancia por la obra amena y escrita con primor, lo que salvó a la literatura imaginativa, sino, además, su peculiar naturaleza artística que la puso fuera del alcance de los teólogos, quienes al fin y al cabo, no eran críticos literarios.

A poco de mediar el siglo XVI varios acontecimientos alteraron radicalmente el clima religioso anterior. A su regreso de los Países Bajos, Felipe II prohibió que los españoles cursaran estudios en universidades extranjeras; se impidió la importación de libros extranjeros sin inspección inquisitorial; se publica el primer Índice y se celebran los resonantes autos de fe de Valladolid y Sevilla. A la libertad sucedió el confinamiento y así se fue iniciando lo que Ortega y Gasset denominó la tibetanización de España en el siglo XVII, mientras se producía en Europa la revolución científica y filosófica que transformó el mundo moderno. Nada de esto sucedió ni podía suceder en la España de Carlos II el Hechizado. El aislamiento español tuvo, a la larga, consecuencias importantes y no sólo en el orden científico y filosófico.

LA ESPAÑA ILUSTRADA Y LA REACCION FERNANDINA

Desde Carlos III se produce un renacimiento de las ciencias y humanidades y se reanudan los estudios del árabe y del griego tras dos siglos de interrupción. Con Meléndez Valdés y Moratín se realiza la restauración poética española. El periodo 1775-1825 ha sido denominado gran momento científico español: no sólo hubo en España unos cuantos científicos importantes sino que se trajeron de fuera otros. Muchos científicos fueron afrancesados: nombre destacado es Agustín de Bethencourt, personaje de gran interés para la ciencia y la ingeniería españolas. En 1802 creó y dirigió la primera Escuela es-

pañola de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, prueba ilustradora de esa discontinuidad cultural, ya que desapareció al sobrevenir la guerra en 1808, para ser restaurada de nuevo en 1823 y sufrir posteriores cierres.

Con Carlos III casi todos los científicos y humanistas estudian o completan su formación en el extranjero, y se reanudan los estudios árabes, griegos y latinos. A algunos afrancesados se debe el único hilo de continuidad que hay en la primera mitad del siglo XIX. Alberto Lista fue durante el trienio liberal el orientador de la Academia del Mirto, en la que se reunían muchos de los románticos que adquirirían tanta fama más tarde, como Zorrilla y Espronceda. Para apreciar la influencia que los afrancesados tuvieron en la literatura española de la época, es obligado citar a las figuras de Meléndez Valdés y Leandro Fernández de Moratín.

«Ser liberal en España es ser emigrado en potencia», decía Larra. En 1814, con la represión de Fernando VII, y más tarde en 1823, emigran los liberales, siendo la segunda de estas emigraciones la más numerosa, más larga y de mayor dispersión. Entre los emigrados a Londres predominaban militares, políticos y eclesiásticos; hubo también una buena representación de la nobleza (el duque de Rivas), profesores universitarios y hombres de ciencia.

Toda emigración cultural es, en mayor o menor medida, un naufragio. No suelen llegar al país de origen las obras escritas fuera de él. El *Panorama de la literatura española contemporánea* de Alcalá Galiano, se edita en Londres en 1834 y no se traduce en España hasta 1890. En cuanto a las ventajas de la emigración, cabe referirse a las novedades importantes que los emigrados introdujeron en España: Pablo Montesinos trajo ideas y métodos pedagógicos empleados en escuelas inglesas. Varios de los escritores emigrados contribuyeron notablemente a la aceptación de una nueva literatura romántica en los países europeos. Quizá todo ello fue posible por ser una emigración de diez años, ni demasiado corta ni demasiado larga; y por tratarse de escritores jóvenes que encontraron en Europa una notable riqueza literaria. Con el

aislamiento, se produjo el provincialismo de la cultura española que persistiría mucho tiempo hasta el punto de que hasta fines del siglo pasado (y la generación de Ortega) apenas ha habido un español que haya podido decir algo original o competente sobre temas no nacionales. Por otra parte, el conformismo religioso y político impuesto por la Inquisición impidió en nuestro país el desarrollo de una literatura de pensamiento, con lo cual se produjo una paralización y estancamiento de la lengua literaria.

CONSECUENCIAS DE LA GUERRA CIVIL

Si en el primer tercio del siglo XX la obra científica y educativa realizada por Ramón y Cajal, Giner de los Ríos y otros pudo ser ampliada para lograr incorporar a España a la cultura europea, ello fue posible gracias a la labor desarrollada por la Junta de Ampliación de Estudios, cuyo secretario, desde su creación en 1907, fue José Castillejo. Uno de los objetivos más importantes de la Junta fue la concesión de becas a estudiantes y profesores para ampliar estudios en el extranjero. Durante su vigencia se concedieron más de dos mil becas. Proveía, además, de centros de investigación y de enseñanza, y de laboratorios, que la Universidad española no estaba en condiciones de ofrecer.

En 1910 se crea el Centro de Estudios Históricos y poco después la Residencia de Estudiantes, el Instituto de Física y Química y la Universidad Internacional de Verano de Santander. En estos centros investigaron, entre otros, Negrín, Severo Ochoa y García Valdecasas, que al sobrevenir la guerra civil hubieron de expatriarse. El Centro de Estudios Históricos, dirigido por Menéndez Pidal, supuso la incorporación de los nuevos métodos de investigación europeos.

La Residencia de Estudiantes de Madrid fue el primer intento de restaurar los colegios universitarios medievales que habían desaparecido en el siglo XIX. Tenía la Residencia su propia revista en la que colaboraron las principales figuras

del mundo literario y artístico de la época. Un dato esclarecedor de la importancia cultural de la Residencia es, por ejemplo, el hecho de que los dos únicos Premios Nobel concedidos a españoles en los treinta y ocho años siguientes a la guerra civil, fueran para dos antiguos residentes: Juan Ramón Jiménez y Severo Ochoa. Al iniciarse la contienda, la Residencia interrumpió sus actividades. El mismo año de la creación de la Junta de Ampliación de Estudios, se establece el Institut d'Estudis Catalans, cuya vida también fue interrumpida largos años. El nuevo régimen español instituyó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que se diferenciaba esencialmente de la Junta por su dependencia política y su confesionalidad religiosa.

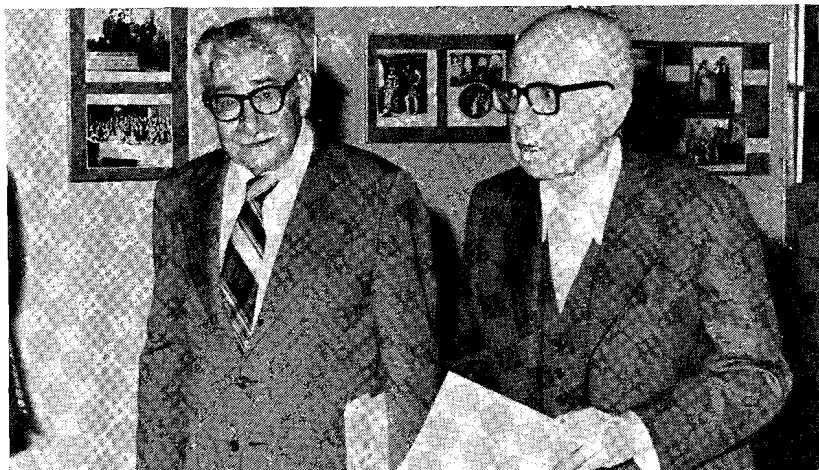
Al iniciarse la guerra, el número de catedráticos numerarios de las universidades españolas ascendía a más de 500, cifra que, tres años después, se redujo a poco más de la mitad. La tarea de reconstruir eficazmente los cuadros docentes universitarios no era fácil, tras la contienda, y teniendo en cuenta el gran número de profesores expatriados o muertos; pero la realidad es que tampoco hubo tal empeño. Al finalizar la guerra se procedió a la depuración de profesores y funcionarios, muchos de los cuales no pudieron reincorporarse ya nunca más a sus puestos docentes.

La censura impuso de nuevo la

unidad de creencia política y religiosa. Una vez más Estado e Iglesia formaron un todo inseparable. Había las mismas limitaciones para la literatura española que para la importada.

Una muestra de continuidad cultural la representan los españoles expatriados que antes habían contribuido a la renovación cultural española. Algunos de ellos, como Sánchez Albornoz, continuaron la misma línea que habían seguido antes en su país; otros cambiaron profundamente su pensamiento: es el caso de Américo Castro, cuya gran obra *La realidad histórica de España* —que suscitó numerosas y violentas reacciones a favor y en contra, de las cuales la más importante fue *España, un enigma histórico*, de Claudio Sánchez Albornoz— quizá no habría sido posible si Castro hubiera seguido en España, en el Centro de Estudios Históricos.

Se ha dicho que esta discontinuidad que supuso el destierro de nuestros intelectuales y profesores fue perjudicial sobre todo para sus contemporáneos, y no tanto para las generaciones siguientes que pueden conocer su pensamiento por la edición de sus obras. En mi opinión, la explicación oral de cátedra, el contacto personal entre maestro y discípulo, la observación del problema concreto no puede ser nunca sustituido por libros.



El profesor Lloréns, momentos antes de iniciar el curso sobre «La discontinuidad cultural española en la edad moderna», aparece acompañado del director de la Real Academia de la Lengua, don Dámaso Alonso.